

## Historia social del trabajo fabril: Historia de vida de un obrero-campesino en el primer auge textil del litoral penquista (1920-1950)

Social History of textile labour: Life story of a labourer-peasant  
in the first textile boom of the penquista coast (1920-1950)

Diego Morales Barrientos<sup>1</sup>

Recibido: 18 de octubre de 2019 - Aceptado: 10 de diciembre de 2019  
Received: october 18, 2019 - Approved: december 10, 2019

### Resumen

En las décadas de 1930 y 1940 las tres fábricas textiles de Tomé -localidad emplazada en las proximidades de Concepción en el centro-sur de Chile-, favorecieron la cristalización de una clase obrera orgullosa de su oficio pero reacia a establecer relaciones de conflicto laboral abierto. Las explicaciones a ese fenómeno han colocado de relieve el carácter filantrópico de las empresas y sus planes de bienestar, pero han prescindido de una caracterización social soslayando el intenso arraigo de la familia obrera con el mundo agrario de la zona. Previo análisis del auge fabril (1920-1950) y de las condiciones prevalecientes en el mundo rural de Tomé y Coelemu, se analiza la historia de vida de don José. Con su testimonio se analiza el fondo vital de la experiencia obrera de la primera generación de trabajadores textiles de la ciudad, en el que obrero-campesinos aprovecharon una intensa asistencia urbano-rural y, con ello, devaluaron adherir a expresiones políticas de clase.

Palabras clave: Historia Social, fábrica, proletarización, historia de vida.

### Abstract

*In the 1930s and 1940s, the three textile factories of Tomé -town located in the vicinity of Concepción in central-southern Chile-, favoured the crystallization of a working class proud of its trade but reluctant to establish open relationships of labour conflict. The explanations to this phenomenon have highlighted the philanthropic nature of the companies and their welfare plans, but have putted aside a social characterization, avoiding the intense roots of the working class family with the agrarian world of the area. After analyzing the textile industry boom (1920-1950) and the prevailing conditions in the rural world of Tomé and Coelemu, the life story of Don José is analyzed. With his testimony, the vital background of the working experience of the first generation of textile workers in the city is analyzed, in which worker-peasants took advantage of intense urban-rural assistance and, with it, devalued adherence to expressions of class politics.*

*Keywords: Social history, industry, proletarianization, Life-story.*

---

1 Estudiante Doctorado Historia Universidad de Santiago de Chile. Becario Conicyt. Correo electrónico: diegobtos@gmail.com

## Introducción

El análisis de la emergencia de dicho núcleo obrero exige conectar los procesos estructurales aludidos con las experiencias vitales de quienes participaron en ellos, haciendo converger las tendencias de cambios generales con la voz de antiguos trabajadores. De acuerdo al sociólogo italiano, Franco Ferraroti (1993), esto es posible a través de las historias de vida obrera confeccionadas con testimonios de antiguos operarios ya que, en lo fundamental, permiten un examen minucioso de cómo las distintas generaciones de trabajadores asumieron su papel en las fábricas y las comunidades a las que dieron lugar. Un propósito importante en el caso del mundo obrero textil de Tomé si se busca comprender una de sus características más llamativas entre 1920 y 1950, época en que sus expresiones se concilian en forma problemática con las lógicas de conflicto abierto –huelgas– en sus relaciones con las grandes fábricas de la ciudad (Quinteros, 2001; Morales, 2013), por lo que constituye un contrapunto a nivel provincial de culturas obreras atravesadas por la adhesión a discursos de clase como se vislumbra en las explotaciones carboníferas de Lota y Coronel (Figueroa y Sandoval, 1987; Venegas 1992; Pavilack, 2011).

A propósito de esta lenta politización de las relaciones obrero-patronales de las fábricas textiles de Tomé, el artículo propone una explicación relacionada con el carácter parcial de la proletarización del mundo obrero, una circunstancia central para comprender la débil vinculación del mundo del trabajo textil con partidos y organizaciones laborales de estructura nacional durante la primera mitad del siglo XX. Se plantea, en lo fundamental, que el núcleo obrero fabril de la ciudad estuvo constituido por hombres y mujeres cuyo acoplamiento a un sistema asalariado asistido por moderna tecnología y una sofisticada organización técnica y científica del trabajo, convivió con un flujo orgánico hacia y desde el mundo agrícola, de modo que su integración a la vida urbana e industrial se produjo en una continuidad con los villorrios rurales existentes en la zona interior de Tomé. Situación favorecida por la proximidad geográfica de los desplazamientos, la existencia de la pequeña propiedad agrícola y las redes de parentesco que compenetraban en forma cotidiana la vida urbana y rural de la zona. En ese sentido, cientos de trabajadores textiles durante la primera mitad el siglo XX fueron obreros-campesinos dado que la vida obrera encontró una profusa asistencia “agraria”; una barrera difícil de derribar por quienes respaldaron los programas y discursos de clase que circulaban en la provincia de Concepción.

Esta alternativa ofrece una senda diferente a las vertientes historiográficas que se han referido en forma directa o implícita a la naturaleza de la conciliación y/o el conflicto de las relaciones obrero-patronales en las textiles de la ciudad. Una de ellas ha acentuado el papel de las fábricas a raíz de la incipiente obra social que desarrollaron, vía planes de asistencia social, para el sector obrero consistentes en viviendas gratuitas y estímulos a la sociabilidad del conjunto de las familias de trabajadores (Miranda, 1926, p.204; Quinteros, 2001, pp.99-124; Morales, 2013, pp. 70 y ss). Iniciativas que, en parte, imitaban a otras importantes empresas vinculadas al rubro minero de la provincia (Videla et. al., 2016), insertas en un ciclo de disciplinamiento fundado en la búsqueda de una adhesión activa y el compromiso prolongado del trabajador con la fábrica (Venegas 2015). Hasta cierto punto, esta formulación es complementaria a una tradición de mayor proyección ocupada en el análisis de la organización y la ideología obrera. Clave política que, en estricto rigor, se ha ensayado sobre el período de la Unidad Popular, del cual Tomé tuvo activa participación a contar de diciembre de 1970 al efectuarse la anexión de la fábrica de paños Bellavista al Área de Propiedad Social del Estado (Navarrete, 2009). Un análisis inscrito en un marco general recurrente en la historiografía obrerista desde que surgiera con los historiadores marxistas en la década de 1950 (Rojas, 2000; Pinto, 2018), en el sentido que

subraya los vínculos entre los partidos políticos (de izquierda), las centrales laborales a nivel nacional (CUT) y el accionar sindical local (Angell, 1974). Perspectiva que obsesionada por el conflicto, suele transformar a la huelga en el vector catalizador de un proceso de radicalización y politización que tiene en la década de 1960 un punto de “llegada” pre-establecido (véase como ejemplo Stillerman, 1998).

Este último camino abierto por la historiografía obrerista ofrece valiosos resultados. Ha permitido restituir la importancia política del mundo obrero organizado, las diferentes demandas que encauzaron y los “repertorios” más utilizados en relación al Estado, los partidos, las organizaciones laborales y sus respectivas empresas. Pero, tiene dificultades para explicar el curso histórico seguido por los trabajadores en su proceso de conversión en obreros fabriles ya que prescinde de un estudio sobre el origen, la composición o sobre las formas en que el mundo obrero se integró a las fábricas. Estos problemas se han abordado en Latinoamérica en relación a proyectos mineros (Laite, 1981; Klubock, 1998) y, más recientemente, en referencia a trabajadores urbanos e industriales (Lobato, 2001; Striffler, 2004; Ceva, 2010; Fontes, 2016; Porrini, 2018). Esfuerzos que se han corroborado en Chile en forma fragmentada (Inostroza, 1999; Winn, 2004), por lo que constituye una línea de exploración necesaria a través de escalas de análisis reducidas, donde sea posible combinar una reflexión sobre el trabajo fabril y las condiciones de la reproducción social (Faue, 2000, 2002); una formulación en contacto preferente con lo social más que con la ideología y la organización obrera –si cabe una separación entre ambas esferas de la realidad (Hanagan y Stephenson, 1986, p.4)- tal como se busca avanzar por medio del análisis de una historia de vida de un antiguo trabajador textil de la Fábrica Ítalo Americana de Paños nacido en 1931 y entrevistado en tres ocasiones durante el año 2018; muestra limitada de un conjunto superior a treinta testimonios (hombres y mujeres) con los que don José y su esposa, doña Cristina (1936), comparten aspectos centrales de las trayectorias familiares y laborales en las ciudades del litoral penquista.

La alusión a las condiciones generales de proletarización como marco general para comprender el conflicto obrero, adoptado como tópico central en el funcionalismo al analizar sociedades en proceso de modernización (Germani, 1971, p. 90 y 110; Di Tella et. al., 1967), rara vez se ha sistematizado en relación directa al mundo obrero fabril del siglo XX en Chile. La consideración de que la descampenización al inicio del ciclo desarrollista era un ‘hecho’ consumado, ha favorecido que el ‘origen’ de la mano de obra fabril se constituya en un punto ciego de la reflexión historiográfica –exceptuándose, por ejemplo, Klubock (1998)- y esto es una veta necesaria de re-examinar si se pretende comprender con nuevas ópticas el derrotero del mundo obrero con anterioridad a la década de 1960.

El influyente trabajo de María Angélica Illanes (1990) sobre los mecanismos de proletarización existentes en la minería de la primera mitad del siglo XIX y, en una perspectiva más general, Gabriel Salazar (2000) con su estudio sobre la transición entre peones, labradores y proletarios, remiten a un proceso histórico de expoliación de largo plazo en el que los peones reaccionaron a empresarios y aristócratas interesados en la renta, el comercio y una remota participación en las redes más dinámicas del capitalismo noratlántico. La confirmación de que la proletarización fue un proceso decimonónico, o incluso anterior (Carmagnani, 1963, p.63 y ss), se ha visualizado en la cristalización de la clase obrera en los campamentos salitreros –no sin problemas dada su reticencia a asentarse en las oficinas (Pinto, 1998)- y en el inexorable crecimiento de los principales núcleos urbanos del país (DeShazo, 2008). De esta manera, la expansión urbana de Santiago o Valparaíso constituye el momento final de una trayectoria en la cual una parte del mundo del trabajo fue

expropiado de sus medios de subsistencia autónomos –léase, propiedades, herramientas, bienes de uso común- antes de arribar a la ciudad, lugar donde se sumó al estrato heterogéneo del proletariado, constituido como realidad histórica con anterioridad a la consolidación del capital fabril.

Al observarse la realidad del mundo del trabajo del litoral penquista, un modelo con esos rasgos presenta escasa utilidad. La transición entre el trabajo agrícola y fabril no se revela tanto como una zanja infranqueable sino que un continuo en el que fue posible un equilibrio entre ambas formas de vida, al menos hasta mediados del siglo XX, tal como se coloca de relieve en el análisis ulterior de la trayectoria familiar y las primeras experiencias laborales de don José, vinculado desde 1951 a FIAP-Tomé.

En efecto, la transición de la mayor parte de los operarios de las grandes fábricas textiles de Tomé desde el sector agrícola se produjo en el momento exacto en el que surge y amplifican los requerimientos de trabajo por parte de las tres empresas de paños, por lo cual, la adhesión al trabajo asalariado se desarrolló en un marco de posibilidades en el que todavía mostraban vitalidad los vínculos de los trabajadores con el interior rural. De tal suerte, algunos sectores obreros fueron a la vez propietarios de parcelas y mini-fundos. Y, en conjunto, participaron de una red de parentesco que los colocaba en contacto directo con los asentamientos situados en los caminos vecinales o próximos a las estaciones de ferrocarriles ubicadas entre Tomé y Chillán. Entonces, un segmento obrero experimentó un proceso de proletarización parcial (Amin y Van der Linden, 1997), realidad decisiva por la cual los trabajadores textiles establecieron un acercamiento a los mandos directivos de sus respectivas empresas, colocándose en veredas opuestas a núcleos obreros politizados de la provincia que gatillaron importantes movilizaciones en las décadas de 1930 y 1940.

En el fondo, con anterioridad a 1950 fue visible una compenetración de cientos de familias integradas a las grandes fábricas con su pasado inmediato en las localidades de Vegas de Itata, Coelemu, Rafael, Bulnes, Nueva Aldea u otras poblaciones rurales, por lo que cabe reconocer, siguiendo a Franco Ferraroti, la existencia de obreros-campesinos en el origen de la mano de obra de las fábricas del litoral penquista. Una categoría que se revela menos en el trabajo de archivos oficiales que en las historias de vida reconstruidas por medio de entrevistas a antiguos trabajadores. Con esa técnica, sigue el sociólogo italiano, “se puede excavar así en los hechos y las relaciones que ayudan a reconstruir experiencias concretas y vivencias, sustraídas a las deformaciones ideológicas preconstruidas; a entender y a descubrir hechos inéditos congelados durante largo tiempo en las interpretaciones no verificadas; a recoger memorias y datos que se han quedado apartados” (Ferraroti, 1993, p.184). Esto es, una estrategia de análisis esbozada en diferentes contextos para comprender el pedregoso camino seguido por la construcción de una organización de clase (Striffler, 2004; James, 2004), que cobra especial pertinencia en el examen de la realidad social y laboral de las grandes empresas tobecinas dada la fragmentaria realidad documental de la prensa local y los principales archivos documentales dependientes del y para el Estado<sup>2</sup>, entre otros, por la baja participación de los trabajadores textiles en la cultura ilustrada que circulaba entre sectores políticamente instruidos del mundo obrero de la provincia. Por esta razón, en Tomé, aun cuando existieron fábricas de envergadura y una importante concentración de asalariados, no despuntaron periódicos de trabajadores con anterioridad a 1950 ni textos editados por organizaciones de carácter mutual o de partidos

---

2 En esa evaluación tiene un papel decisivo la dificultad para acceder a documentación suscrita por la Gobernación de Coelemu y Tomé en el Archivo Histórico Nacional, con la excepción de algunos pocos volúmenes referidos al período anterior a 1930.

políticos (de izquierda), como si existieron entre sectores obreros radicados en Talcahuano (¡Adelante! entre 1917 y 1924), Concepción (Frente Popular entre 1937 y 1941) o en las ciudades del carbón.

A propósito de esa realidad, las historias de vida constituyen una herramienta útil para iniciar un acercamiento al mundo del trabajo fabril anterior a 1950, aunque no exento de problemas dado que surgen del testimonio de operarios fabriles con trayectorias laborales iniciadas en la década de 1940 o 1950, como parte de una segunda generación obrera en la zona. En ese sentido, resulta necesario retrotraerlos a los vínculos familiares y lugares que marcaron sus infancias y encontrar en esos fragmentos de historia oral a padres, abuelos/as y tíos/as con quienes crecieron y se formaron como trabajadores. De acuerdo con esto, una parte importante del material utilizado en el análisis del tercer apartado se asienta en respuestas brindadas por don José y su esposa Cristina a preguntas relacionadas sobre los trabajos y actividades realizadas por sus padres, abuelos/as y tío/as, vestigios de una generación fabril que hizo el tránsito desde el hinterland interior a las ciudades del litoral penquista con el afán claro de integrarse a los establecimientos manufactureros.

No obstante, antes de detenernos en profundidad en estos últimos antecedentes es necesario situar el auge fabril de la ciudad de Tomé en relación con las actividades agro-industriales pre-existentes en el Departamento de Coelemu. Y, a continuación, realizar una contextualización de la vida rural de la primera mitad del siglo XX en la zona. Solo a partir de estos dos aspectos es posible comprender parte del testimonio obrero utilizado para circunscribir una formación laboral específica del mundo textil tomecino: obreros-campesinos capaces de integrar en sus medios de vida el mundo agrícola local con el salario fabril, síntoma de un proceso de proletarización parcial sobre el cual las fábricas no solo se asentaron sino que lograron la expansión de sus actividades entre 1920 y 1950.

## 1. Trama del capital textil: origen y combinaciones

Las fábricas textiles de Tomé, como los molinos y bodegas de vino que las antecedieron en el siglo XIX, se sustentaron en la confluencia de la ciudad y el sector rural. Los propietarios de al menos dos de las tres empresas tuvieron en el sector rural un área de interés manifiesto, el que se constituyó en el trasfondo de la proletarización parcial de un número importante de trabajadores fabriles durante la primera mitad del siglo XX; una circunstancia fundamental sobre la que numerosos operarios conservaron sus propios lazos con el hinterland interior del litoral. El aserto de que el trabajo sigue al capital aplica con todo rigor.

Los molinos, las bodegas vinícolas y la producción textil, hasta por lo menos 1930 fueron dinamizadas por un mismo entramado de capitales e inversionistas. De ese modo la conversión del puerto en una ciudad fabril encuentra sus raíces en las actividades agro-industriales que habían caracterizado a Tomé desde la segunda mitad del siglo XIX (Mazzei, 2015). Se desarrolló, entonces, un proceso distinto al planteado por Arnold Bauer (1990, p.238) según el cual los beneficios de la gran propiedad agraria en el país derivó en consumo conspicuo más que a la transformación productiva. La relación íntima de propietarios de haciendas y fundos con molinos, bodegas y la producción de paños, supone un caso alternativo de articulación y modernización (Robles, 2009). Lo que encuentra asidero, probablemente, en la coincidencia de los dos elementos que permitieron el amanecer de las fábricas en opinión de Aníbal Pinto. Los propietarios de la zona estaban

integrados en forma parcial al perímetro estatal (de inversiones fiscales) y eran agentes pasivos en el circuito de plusvalía principal del país, la extracción salitrera (Pinto, 1986, p.113). A este respecto, la trayectoria de la familia León Palma, como los intereses económicos de Marcos Serrano, Carlos Werner y otros altos directivos y gerentes de las fábricas textiles de Tomé, coinciden en una o ambas “condiciones”.

El apellido León Palma estuvo ligado a la fábrica Nacional de Paños desde su origen como sociedad en 1913 y a contar de 1920 también en el Molino de California; establecimiento controlado por la sociedad comercial León e Hijos hasta 1927, fecha en que la firma tobecina transfiere el molino más relevante de todo el Departamento a Gildemeister y Cía. Ltda. (El Sur, 22 de Octubre de 1942, p.13) que lo mantuvo operativo por casi veinte años empleando a no menos de 140 hombres y mujeres sumadas todas sus actividades: molienda, embalaje y transporte.

La combinación entre molino y producción textil en la familia León Palma es extensiva a otras importantes personalidades que concurrieron en los proyectos fabriles de Tomé. De modo tal que, no parece aventurado sostener que las fábricas más modernas de la ciudad surgieron gracias al dinamismo agro-industrial existente desde el siglo XIX, catalizador de un cambio paulatino en el que las fábricas de paños emergieron en un proceso local ajeno al fomento o protección estatal, que por lo general se esgrime como estímulo vital en un desarrollo industrial desvinculado al pasado decimonónico. A ese respecto, cabe subrayar que la Sociedad Nacional de Paños y la Fábrica Ítalo Americana de Paños se iniciaron con anterioridad a los planes más francos de proteccionismo industrial en el país, mientras que la antigua fábrica textil de Bellavista comenzó su modernización definitiva en la segunda década del siglo XX (Morales, 2013, pp.72-80).

Otros inversionistas fundadores de la Sociedad Nacional de Paños comparten la misma síntesis económica expresada por los negocios de la familia León Palma. El presidente del directorio, el ingeniero Carlos Aguirre Luco (1872-1935)<sup>3</sup> y el gerente de la firma entre 1913 y 1924, Marcos Serrano Menchaca (1887-1965), ataron los lazos de la producción de paños con la actividad vinícola por cuanto eran miembros activos de sociedades comerciales ligadas a Tomé y Chillán alrededor de 1920. Si bien la producción vinícola era menos antigua que la elaboración de harina en el Departamento de Coelemu, en la primera década del siglo XX era primordial en el movimiento de los tres muelles existentes en la ciudad. Como eco de eso, en 1919 Serrano asume la representación de la zona en una asamblea de la Liga de Defensa Vitícola realizada en Santiago, donde se esperaba organizar la oposición a un decreto del Ministerio de Hacienda que prohibía la circulación de vino en las faenas salitreras; un combate a la ingesta inmoderada de alcohol en el sector obrero del país (El Independiente, 2 de octubre de 1919, p.3). Serrano junto a Carlos León Palma y Alfredo del Río, desde mayo de ese año estuvieron promoviendo la Liga entre los agricultores y sistematizaron sus demandas ante la asamblea realizada en el mes de octubre a la que asistió el director técnico y principal gerente de la Sociedad Nacional de Paños.

3 Como ingeniero civil Carlos Aguirre Luco se empleó en la Dirección de Obras, ocupándose entre otras obras públicas de la construcción del ferrocarril entre Pitrufquén y Villarrica y la instalación de la red de aguas en la ciudad Concepción. Además, participó en el directorio de numerosas firmas industriales. Además de su alta figuración en la Sociedad Nacional de Paños de Tomé, tuvo participación en la Sociedad Siderúrgica de Valdivia, la Compañía Manufacturera de Cartones y Papeles y la Sociedad Cristalerías de Chile. También logró reconocimiento como propietario de la Sociedad Viña Concha y Toro y de la Viña Conchalí, esta última creada en el norte de la ciudad de Santiago en 1878. Los antecedentes biográficos en “Necrología. Don Carlos Aguirre Luco”, Anales del Instituto de Ingenieros de Chile XXXV, N° 11 y 12 (1935), 505-506. Disponible el 30 de enero del 2019 en: <https://avancesveterinaria.uchile.cl/index.php/AICH/article/view/35250/36948>.

La participación en la Liga por parte de Serrano no era accidental como tampoco lo era para Carlos Aguirre Luco, que era propietario de la viña Conchalí en la ciudad de Santiago y de algunas bodegas de vino situadas en Tomé desde fines del siglo XIX (La Divisa, 11 de noviembre de 1922, p.2). En esto último Serrano también tenía participación activa ya que en 1918 figuraba como propietario de bodegas en la guía de industrias del puerto, un rubro en el que acrecentó su influencia años más tarde al hacerse del control de las haciendas Batuco, Majuelo y Valle Hermoso situadas en Coelemu. Con “la explotación de esas propiedades”, el gerente textil tomó contacto con “el ramo de vinos, alcoholes, maderas, ganado lanar, etc.” (El Independiente, 16 de Febrero de 1924, p.1). Todo lo cual estuvo en su órbita más próxima hasta 1933, fecha en que siendo diputado (Serrano había sido electo por la 16a circunscripción en 1924) vendió las propiedades y sus instalaciones en uso: edificios, vasijas, “máquina trilladora, motores, aserradora, útiles completos para la vendimia de la uva y elaboración del vino, cubas, instalaciones propias de su fundo en explotación, animales y útiles de casa-habitación” (ARNT, Registro Propiedad, f.14, 11 de febrero de 1933). En adelante, el fundador de la empresa Nacional de Paños abandonó sus vinculaciones directas con el agro tomecino y se radicó en Santiago, donde tuvo una estrecha colaboración con el directorio de la empresa en calidad de consultor externo (hasta 1947), a pesar de que a esa altura su participación como accionista era minoritaria.

La producción de vinos y la elaboración de paños también se encuentra enlazada en los negocios de Carlos Werner Richter, quien falleció en Hamburgo los primeros días de 1927 siendo activo industrial y Senador de la República. Transformado en el controlador exclusivo de la Fábrica de Paños Bellavista Tomé en 1913, tras ocho años de compartir la propiedad en partes iguales con Federico Wolf Stengel –esposo de una de sus hermanas, María Karoline-, Werner se involucró en la Sociedad Vinícola del Sur, una de las empresas más relevantes del puerto antes de convertirse en un eminente centro textil a contar de la década de 1930. Según Rafael Miranda (1926, p.85-86), profesor y habitual cronista de El Sur, la Vinícola se constituyó en 1906 agrupando a diferentes bodegueros y productores radicados en Tomé y tras varias inversiones consolidó un cuantioso capital distribuido en cinco depósitos, una tonelería, cuatro propiedades con habitaciones para sus trabajadores y un desvío con el ferrocarril chillanejo. Su funcionamiento necesitaba cerca de 150 operarios en los años veinte, y junto al Molino de California, era responsable de la mayor parte del tráfico de cabotaje realizado desde el puerto de la ciudad (Aravena, 2000, cap.1). Precisamente, en dicha firma, Werner colocó parte de sus intereses y no tuvo dudas en defenderla de algunos accionistas que plantearon su liquidación en 1925 como reacción a los cambios en la comercialización de la producción vinícola en el país contemplados en las leyes sociales. Sobre esas gestiones El Independiente comentaba que Carlos Werner “no escatimó ni sus influencias ni su esfuerzo personal a la obra que nos ocupa” (9 de Julio de 1925, p.3), es decir, contrarrestar una circular emanada desde el directorio con la que se iniciaba una campaña para vender todas las instalaciones aprovechando el buen precio alcanzado por el vino aun a costa de los centenares de productores vinculados a la empresa en la provincia del Ñuble (Chillán) y el departamento de Coelemu.

La consideración de León Palma, Aguirre, Serrano y Werner reviste interés dado que en su época fueron actores protagónicos de las dos empresas textiles que le dieron la fisonomía fabril al puerto de Tomé, transformado en las siguientes décadas en una ciudad-fábrica donde fue declinando la actividad portuaria (cabotaje) y emergió un núcleo obrero multitudinario y homogéneo. Lo sintomático es que en ese cambio gradual se mantuvo intacta la diversificación económica que bien se vislumbra en los “fundadores” de las fábricas textiles. Después de 1930 miembros directivos y altos empleados de estas empresas confirmaron

esa disposición al relacionarse de modo directo con los espacios distantes a la ciudad, todos de fisonomía rural. Atendiendo a esa trama es que cualquier aproximación analítica nacida en el polo laboral de la fábrica (Womack, 2012), que la considera una entidad moderna e integrada de producción y, sobre todo, a trabajadores adaptados a sus exigentes movimientos, no puede desentender del vínculo profundo de la fábrica con el mundo rural. Un anclaje maximizado en el caso de la fábrica de Werner debido que hasta la década de 1950 sus talleres modernos convivieron con el fundo Bellavista, lugar próximo a la población obrera bajo su dependencia en el que hombres, mujeres y niños encontraban habitual punto de contacto con el paisaje rural. Por esa razón no es extraño que la oficina de Personal de la firma textil tuviera bajo su dependencia un libro de registro específico para “trabajadores agrícolas”.

La proyección hasta la década de 1950 de dicho fundo bajo la administración de la fábrica textil de Bellavista es una señal de que el nexo vital entre producción fabril y actividad agrícola no fue una característica exclusiva de los “fundadores” de los establecimientos de paños. Sus sustitutos en la alta dirección de las empresas mantuvieron vigente ese lazo aunque con una diferencia importante. Al ser empleados antes que propietarios, esa dirección fabril contó con capitales más estrechos en comparación a la capacidad empresarial demostrada por Carlos León Palma, Marcos Serrano o Carlos Werner durante la primera ‘ola’ de transformación (1913-1920). A pesar de ello, el nexo íntimo del capital agrario y textil de la zona se mantuvo activo después de 1930 aunque con una novedad: la progresiva decadencia del rubro vinícola en comparación con el nuevo sector maderero que se produjo en área rural de la zona.

En efecto, alto dirigentes de la Sociedad Nacional de Paños representan lo nuevo y lo viejo del nexo de las fábricas textiles con el mundo rural. Carlos Mahns Choupay, sustituto de Marcos Serrano a contar de 1923, observó con interés las oportunidades de negocios en actividades ajenas a la producción de paños al involucrarse en la organización de Comunidad Forestal Punta Parra, que disponía en 1948 de un fundo de 500 hectáreas en el camino Penco-Tomé (El Sur, Concepción, 20 de enero de 1948, p.6). Una iniciativa de escasa relación con sus estudios de especialización textil realizados en Alemania, su labor docente en la Escuela Industrial de Concepción y sus viajes intermitentes al extranjero con la finalidad de optimizar la producción de la empresa. Esto mismo ocurre con el Jefe de la Oficina de Bienestar de la compañía, Samuel Muñoz Larenas, abogado egresado del Liceo de Concepción y empleado de la textil desde 1925. Nacido en Coelemu, localidad en que su padre Samuel Muñoz Vera fue el primer alcalde de la comuna en 1891, mantuvo intacto sus relaciones con el interior de la ciudad de Tomé ya que aún en 1953 se caracterizaba como agricultor de los fundos “Santa Gertrudis y Guay Guay en el Departamento de Coelemu [el primero cerca de esa localidad y el segundo en Vegas de Itata] que dedica a la Vinicultura y Plantaciones” (Diccionario Biográfico, 1953, p.866). Predios en los que desarrolló actividades semejantes a las que antes había efectuado Serrano y, con toda seguridad, en continuidad a las que había desarrollado su padre en el departamento de Coelemu. Por lo que a su trayectoria laboral, bajo la tutela de la empresa textil, se sumaron sus hondos vínculos con el mundo rural de la zona. Algo plasmado en el periódico La Prensa en 1940 cuando, al ser respaldado como pre-candidato a Diputado por el Partido Radical de Coelemu, consignó su conocimiento y vasto interés en el sector rural por sobre su actividad como Jefe de Bienestar, detallando que Muñoz había participado en la formación de “una poderosa Cooperativa Viti-vinícola que es una organización de suma importancia para la atención de los intereses de los pequeños agricultores de la zona que hasta el presente estaban entregados a la especulación desenfrenada de los comerciantes en productos vinícolas” (28 de Septiembre de 1940, p.1).

En definitiva, si se consideran los intereses económicos de los empresarios “fundadores” aludidos como los que desarrollaron tras ellos otros altos empleados de las firmas textiles después de 1930, se vislumbra un mismo fenómeno: la irrupción de las fábricas convivió con los contornos inmediatos. Empresarios y representantes de los establecimientos textiles de la ciudad siguieron atados a las actividades más dinámicas del sector rural de Coelemu: molinos, sociedades vinícolas y predios forestales. Una situación que, por cierto, no estuvo limitada a las textiles tomecinas ya que las fábricas de Vidrios de Lirquén y Refinería de Penco, en las décadas de 1930 y 1940, también fueron propietarias de extensos predios agrícolas y forestales en las cercanías de sus instalaciones fabriles. Un testimonio elocuente de los intensos trasvasijos urbano-rurales que se mantuvieron en los sectores capitalistas de las tres localidades del litoral penquista y que, en nuestro argumento, replicaron con igual intensidad los sectores del trabajo. De allí que sea imperioso acercarse con mayor profundidad a lo que fue el espacio medular desde donde comenzaron las trayectorias de los primeros trabajadores textiles de Tomé: el espacio rural del Departamento de Coelemu.

## 2. Pueblos, aldeas y villorrios: paraíso de la pequeña propiedad rural

Hasta 1950 los principales núcleos urbanos del litoral penquista, donde está integrado Tomé como parte de la conurbación penco-metropolitana, estaban ligados al espacio rural del que eran dependientes. Entre la ciudad y el campo existió una circulación continua de trabajadores en tanto sus respectivos habitantes requerían del otro para su abastecimiento. En esa mixtura se inscribe una editorial del periódico La Patria a fines de 1930 cuando aludía a que era fundamental mejorar las vías de acceso a Tomé porque “sus habitantes y los de los campos que deben venir obligadamente a este [puerto], se encuentran poco menos que en la imposibilidad de movilizarse por la vía terrestre y si logran hacerlo, es con grandes dificultades” (La Patria, 10 de Septiembre de 1938, p.3).

Las inadecuadas condiciones de los caminos locales fue materia recurrente de las autoridades municipales, convencidas de que eran medios sensibles para el tráfico de los pequeños propietarios agrícolas dispersos en el hinterland interior. Era la situación de quienes vivían en las localidades de Rafael, Vegas de Itata o Bulnes. En 1944, esta inquietud estuvo en la misiva enviada por Samuel Muñoz Larenas a la Intendencia en calidad de pre-candidato a Diputado por el Partido Radical. De acuerdo a su diagnóstico el “encarecimiento de las subsistencias, en todo el país, marca un índice verdaderamente alarmante en el pueblo de Tomé, donde concurren circunstancias especialísimas”, dada la “insuficiencia de la agricultura circundante a este puerto” y la “falta de caminos y de medios de comunicación con los centros agrícolas de aprovisionamiento”. Por este motivo, planeaba que era:

“indispensable procurar el mejoramiento de todas las carreteras que traen a este puerto los productos de la región circunvecina, como una manera de abaratar la vida en Tomé, y entre esas carreteras, señalamos en lugar de preferencia, los caminos de Vegas de Itata y a Coelemu y Ranquil, que son las únicas zonas productoras más próximas a este puerto” (ARHN, FIC, Vol. 2714, 17 de Octubre de 1942, s.f., 1-2.).

La habilitación de puentes para cruzar diferentes esteros, el ensanchamiento de curvas, el rebaje de pendientes o la re-apertura de caminos en desuso por su mal estado fueron acervo común de las comunica-

ciones firmadas por los dirigentes de Tomé y Coelemu en la década de 1930 y 1940. Con todas ellas es posible constatar un aspecto crucial en la vida económica de la zona: la existencia de decenas de dueños de carretas y carretones ocupados en el abastecimiento del principal núcleo obrero textil de la provincia; un circuito que se demostró vital en el consumo doméstico de la familia obrera tomecina que a su vez estuvo ligada a los pequeños propietarios vía parentesco, tal como se vislumbra con detalle en el siguiente apartado. De tal suerte, la familia obrera textil y la economía campesina local entablaron un lazo íntimo de relaciones e intercambios que duplicaban el dinamismo existente entre los negocios combinados de los principales capitalistas locales, quienes asociaron –según se hizo notar- molinos, bodegas y predios forestales con las fábricas de paños durante toda la primera mitad del siglo XX.

El estrecho lazo entre la ciudad y el mundo agrícola y entre el mundo obrero y los pequeños parceleros, tuvo asidero en una estructura social percibida al menos desde el siglo XIX (Salazar, 2000, pp.47-48): la pequeña propiedad agrícola, una característica del departamento de Coelemu que perduró sin discontinuidad durante toda la primera mitad del siglo XX.

El censo agrícola de 1929 ofrece una primera radiografía sobre la distribución y tamaño de los predios rústicos a nivel comunal y sus relaciones con las principales propiedades. En Tomé y Coelemu los fundos de extensiones superiores a mil hectáreas comprendieron una proporción importante de la tierra agrícola censada. En la primera seis predios concentraban el 25% de la superficie y en la segunda nueve alcanzaban el 31%; en Penco, existía solo un predio mayor a mil hectáreas y representaba el 8% de la tierra agrícola computada. Una cifra muy por debajo a la comuna de Bulnes donde 9 predios totalizaban el 35% de la superficie.

**Cuadro 1.** Distribución de la propiedad agrícola según tamaño

Comuna/ Departamento	- de 5 há		5-50 há		51-200		201-1000		1001-5000		Totales	
	N°	Ha	N°	Ha	N°	Ha	N°	Ha	N°	Ha	N°	Ha
Bulnes	436	723	454	7.162	83	8.127	26	11.280	9	14.598	1.008	41.890
San Ignacio	1.005	1.791	729	9.526	40	3.624	15	8.068	3	5.965	1.792	28.974
Quillón de P.	852	1.487	659	9.682	86	8.265	37	13.224	1	1.500	1.635	34.158
D. Bulnes	2.293	4.001	1.842	26.370	209	20.016	78	32.572	13	22.063	4.435	105.022
Tomé	539	971	671	10.869	98	9.796	36	15.503	6	12.881	1.350	50.020
Coelemu	533	955	424	6.371	68	6.907	40	17.714	9	14.276	1.074	46.223
D. Tomé	1.072	1.926	1.095	17.240	166	16.703	76	33.217	15	27.157	2.424	96.243
Penco	19	52	147	3.117	55	5.386	23	11.340	1	1.625	245	21.520
D. Concepción	316	724	1.054	19.079	239	24.474	117	49.777	10	15.322	1.736	109.376

Fuente: Dirección General de Estadística, Censo Agrícola, 1929-1930 (Santiago, Soc. Imp. y Lito. Universo, 1933), p. 6. Se omiten los datos de las comunas de Concepción, Talcahuano, Florida y Hualqui que completan el departamento de Concepción.



buena muestra de ello en la medida que con una extensión de 1.549 hectáreas en 1933 era uno de los fundos más destacados de Coelemu, a pesar de lo cual se integraba a un sistema de mayor complejidad obligado a convivir con propietarios de extensiones más limitadas como “La Higuera”, “Chepical” o la hijuela “El Nogal” y junto a decenas de viviendas de familias campesinas concentradas a corta distancia de un puente, el camino público y la estación ferroviaria.

Todo ello era parte de Nueva Aldea<sup>4</sup>, un asentamiento rural situado en la confluencia del río Itata y Ñuble, en las inmediaciones del fundo Velenunque. Es la existencia de este núcleo campesino el origen del dibujo en 1944 ya que los vecinos y autoridades estaban preocupadas de resguardar el asentamiento ante continuas crecidas del río. Debido a esto el comité de Pro Adelanto de Nueva Aldea al iniciarse ese año elevó un requerimiento de sus necesidades en el que figuraba como máxima prioridad la “defensa o el traslado” de la población. Proponía la expropiación del “terreno necesario para unas 20 quintitas de los vecinos que por ahora se ven más amenazados por la obra destructiva de las creces del Itata”, precisando que los vecinos “en su inmensa mayoría viven de los fletes de carreta y del trabajo de la agricultura en sus pequeñas propiedades y en los fundos cercanos” (ARNH, FIC, Vol. 2293, 14 de Febrero de 1944), por lo que el traslado requería la expropiación de terrenos del principal fundo del sector y la construcción de una nueva variante del camino principal (ARHN, FIC, Vol. 2292, 29 de Septiembre de 1944). Cambios, indicaba la comunicación, que beneficiarían a cerca de cien familias de la localidad.

El croquis atiende a una realidad que los números del cuadro 1 con dificultad permiten considerar al separar en forma esquemática los predios rurales según el tamaño promedio de cada comuna. El cuadro 1 simplifica la realidad al omitir las relaciones de dependencia forjadas entre los diferentes propietarios de la tierra y algo aún más central, la existencia de asentamientos formales. Es lo que cabe desprender del croquis: una aproximación sincrónica a villorrios, bordes de caminos y grandes propiedades, donde tuvieron vida propia decenas de comunidades agrícolas; paisaje habitual de cientos de familias campesinas de Coelemu y Tomé (cuadro 2) que subsistían conforme aprovechaban sus propiedades y el trabajo estacional en los principales predios durante las cosechas, poda, limpieza o, en el transporte de mercaderías. Cercano a Nueva Aldea, era la situación de San Ignacio o el asentamiento El Centro, en Ñipas, también en la ribera del río Itata.

El paisaje rural de Nueva Aldea, con diferencias locales menores, es similar al que se encuentra en otras aldeas y caseríos de la zona donde seguía viviendo un número importante de población. En 1940 los distritos rurales de la comuna de Coelemu congregaban cerca de once mil habitantes mientras que la ciudad capital una población de 2.824, cifra que diez años más tarde disminuyó a 2.246. Esto es indicador de que caseríos como Vegas de Itata, Pisis o Menque, núcleos rurales a partir de las cuales se desagregaban los fundos e hijuelas, continuaban siendo relevantes en la medida que explican la existencia de la multitud de predios inferiores a 50 hectáreas que se contabilizaron en el censo agrícola de 1929 –alrededor de 950 en la comuna de

4 De acuerdo al censo de 1952 la población total del distrito rural de Nueva Aldea, comuna de Ranquil, era de 1.626 habitantes. Descontada dicha aldea la población se distribuía en otros cinco caseríos, 23 fundos y 4 parcelas. Según la misma fuente, Velenunque era el fundo con mayor población puesto que sus 95 habitantes censados –distribuidos en 12 viviendas–, eran seguidos por los 40 contabilizados en el fundo San Luis, en el que habían cinco viviendas. Véase: Servicio Nacional de Estadística y Censos, *XII Censo General de Población y I de Vivienda. Tomo I*, (Santiago, sin datos editoriales), 274. El mundo predio aludido en 1944 pertenecía a la familia Volante. Al respecto: ARHN, FIC, *Oficios recibidos*, Vol. 2292, “Gobernador de Tomé informa al Intendencia sobre caserío de Nueva Aldea”, 29 de septiembre de 1944, 1.

Coelemu y cerca de 1.200 en el caso de Tomé (véase cuadro 1)-, los que continuaron vigentes en las próximas décadas. En una nota del Comité pro Arreglo del camino antiguo de Penco a Florida se dejaba “constancia” que el camino de Penco a Roa “sirve a más de 400 propietarios de Fundos e Hijuelas” (ARHN, FIC, Vol. 2293, 25 de abril de 1944). Una impronta territorial también reconocida en las conclusiones generales del III Censo Agrícola Ganadero realizado en 1955, al señalarse que la zona de Coelemu y sus alrededores “constituye una de las regiones de nuestro país donde es más notable la subdivisión de la propiedad de la tierra” (Servicio Nacional de Estadística y Censos, 1959, p.VIII).

**Cuadro 2.** Aldeas y caseríos comunas de Tomé y Coelemu (1952)

Comuna	Distrito	Asentamiento	Categoría	N° de viviendas	Población Total
Tomé	Ralihue	Collén	Caserío	10	54
Tomé	Rafael	Rafael	Aldea	92	431
Tomé	Rafael	Pissis	Caserío	32	160
Tomé	Neuque	Menque	Aldea	65	350
Tomé	Punta Parra	Punta Parra	Caserío	10	190
Coelemu	Tablón	Nueva Aldea	Aldea	36	210
Coelemu	Tablón	Paso Hondo	Caserío	32	188
Coelemu	Ranquil	San Ig. De Palomares	Caserío	22	93
Coelemu	Vegas de Itata	Vegas de Itata	Caserío	57	271

Fuente: Servicio Nacional de Estadísticas y Censos, XII Censo de Población, Tomo I, 1952.

En las décadas de 1930 y 1940 estos predios rústicos fueron el sustento del flujo de carretas y carretones que llegaron con provisiones a Tomé, y de ese modo parte del sustento de la vida obrera. Un flujo sustancial de la vida material de las familias ligadas a los principales centros manufactureros de la ciudad y el nudo central de la nota enviada por Samuel Muñoz a la intendencia en 1944 en la que abogaba por facilitar el tráfico de la ciudad de Tomé -que en la época tenía una población superior a los diez mil habitantes- con Vegas de Itata, Coelemu y Ranquil, pues era consabido que desde dichos distritos arribaban los agricultores y comerciantes al barrio California, punto de contacto de la ciudad con el camino en dirección a Los Quillayes, La Aguada, Pisis o Rafael. Por cierto, es el flujo íntimo y cotidiano que viene a contextualizar la historia familiar de don José y su esposa Cristina al recordar fragmentos de sus primeros años de vida en los cerros de Tomé.

### 3. Historia de vida de un ex – obrero textil

Retrotraer los recuerdos de antiguos obreros fabriles -que por norma general concluyeron sus actividades en las fábricas en la década de 1970 o 1980- al origen de sus trayectorias laborales y a la época de su formación abre una posibilidad analítica para comprender las condiciones sobre las que se produjo el trasvase de la población rural existente en los caseríos y aldeas del hinterland interior penquista a las ciudades del litoral y, específicamente, a las condiciones sociales de los primeros trabajadores fabriles de la zona. A

propósito de ese desplazamiento, la mayor parte de los entrevistados, nacidos con anterioridad a 1950, fueron ‘cargas’ o ‘equipaje’ de sus respectivos padres, abuelos o tíos, quienes fueron en muchos casos la primera generación de trabajadores fabriles de la zona.

Las huellas o vestigios de esta generación están latentes en los testimonios de obreros que iniciaron sus primeras experiencias laborales con 14 años o más en la década de 1940. Son útiles porque ofrecen múltiples fragmentos de los ambientes familiares en los que nacieron, de los lugares que frecuentaron y las actividades laborales realizadas por sus padres, tíos/as y abuelos/as. Una ventana para explorar un mundo del trabajo que, activo en las décadas de 1920 y 1930, se forjó a sí mismo en el maquinismo fabril sin que mediaran experiencias modernas de trabajo a excepción de uno que otro aserradero maderero, molino o bodega vinícola y, quizás lo más importante, sin que estuvieran obligados a redimirse de sus antiguas prácticas y formas de vida en la medida que mantuvieron un contacto permanente con los villorrios y casas donde habían nacido.

Quienes nacieron en la década de 1930 frecuentaron la escuela por plazos breves de tiempo, de modo que su socialización siguió atada al ambiente doméstico que les fue inmediato. Una crianza en esa condición asegura una retroalimentación intergeneracional (Bloch, 2006, p.69) que no muestra el mismo vigor en situaciones donde la instrucción formal en el nivel primario, secundaria o técnico tiene un papel gravitante en la formación de los trabajadores. La coetaneidad de padres e hijos durante las primeras décadas constituye un fondo común de experiencias (Aróstegui, 2004, p.127) (en nuestro caso, entre 1930 y 1950) y emerge en cada historia de vida que, como advierte Daniel James, “son constructos culturales que recurren a un discurso público estructurado por convenciones de clase y de género [y] también se valen de una amplia gama de roles y autorrepresentaciones posibles” (James, 2004, p.128). Convenciones y constructos mediados por un diálogo dirigido y extemporáneo a cada testimonio (James, 2004, p.123-159) que permiten “interpretar las «áreas problemáticas» existenciales” en la medida que “percibidas y gestionadas individualmente, han de conectarse con las características estructurales del contexto histórico específico” (Ferraroti, 1993, p.164). Con esta “técnica” se espera reconocer en forma microscópica los fragmentos necesarios para acercarnos históricamente a la primera generación obrera de Tomé que estuvo vigente al interior de los talleres fabriles de la ciudad por lo menos hasta la década de 1950.

Los antecedentes recopilados sobre padres, abuelos/as y tíos/as de los entrevistados imponen el nexo rural como un hecho cotidiano de la población textil de Tomé o, al menos, en una parte de la misma. Al paisaje rural se recurre en forma habitual y en situaciones cotidianas a pesar de haber iniciado una “exitosa” vinculación a las fábricas durante las décadas de 1940 o 1950. Los caminos vecinales, pequeñas propiedades y casas de campo inundan el conjunto de relatos de vida de los antiguos obreros textiles, colocando en perspectiva que, en la práctica, las fábricas tomecinas demoraron largas décadas en erigirse como proyectos manufactureros de envergadura superlativas como para imponer a sus trabajadores una fisura con sus raíces. En parte, porque hasta los años treinta, sus talleres y oficinas, como lugares de trabajo moderno, funcionaban gracias a las redes de parentesco y compadrazgo de los hombres y mujeres de cada sección en circunstancia que ese fue el mecanismo utilizado para reclutar a trabajadores (Venegas y Morales, 2017, pp.283-294).

Es, precisamente, lo que viene a sugerir parte de lo registrado en conversaciones con don José Grandón, nacido en 1931 y desde 1951 vinculado a la Fábrica Ítalo Americana de Paños de Tomé, con quien se

realizaron tres entrevistas, una de las cuales también con su cónyuge, Cristina Aravena, nacida en 1936 en el sector de California (Tomé), cuyo matrimonio se proyecta por más de cuarenta años.

Cuando se iniciaba la conversación y se presentaba como obrero FIAP, don José realiza una acotación que con el correr de los minutos se fue dilucidando como un hilo fundamental de su historia de vida, al considerar que su favorable inserción en la firma gestionada por el italiano José Gorrini Riana descansó en la colaboración recibida por los “viejitos” con quienes compartió en la sección telares. En su evaluación “espontánea” ellos fueron centrales en su aprendizaje:

“no sacaba nada yo venir de la escuela con un cartón contra maestre textil -que era el que nos daban después de técnico-, claro, poner el cartón, en circunstancia en que me paraba delante de una máquina y resulta que el tatita que estaba ahí, el viejito, me iba a dar una mensa clase” (Entrevista, diciembre, 2017).

Con ellos en la retina, José fija en el tiempo una realidad laboral con que compartió como joven al inicio de su trayectoria laboral. Trabajadores antiguos transformados con el correr de los años en expertos en el manejo de sus máquinas y fuente de “orgullo” por el puesto de trabajo que marca un elemento estructurante de múltiples testimonios entre antiguos trabajadores textiles. Con él, no solo se destacaba lo avanzado respecto a los padres campesinos sino que se enfatiza cuánta inteligencia y sabiduría los trabajadores habían logrado en las fábricas, al superar con largueza a los profesionales. Un orgullo transformado en fuente de identidad que se comprende aún mejor si se contrasta con la situación inicial de la mayoría de los trabajadores quienes carecían de conocimientos fabriles y, además, comentaba José Ibieta (nacido en 1933), ex operario de Refinería CRAV Penco (a partir de 1953): “Aquí habían puros de campo, hijo. Pongamos el noventa por ciento usaban el dedo [para firmar sus colillas de pago]. A la mayoría les decía: ‘pon el dedo weón’” (Entrevista, marzo 2018).

Todo eso era parte del interior de los talleres de las grandes fábricas y surgen de recuerdos selectivos y teñidos de romanticismo (cruzados por el sentimiento de gratitud), pero situados en las coordenadas de su contexto preciso, ayudan a caracterizar la primera generación de operarios textiles y establecer relaciones que solo de manera tentativa se han develado hasta ahora: la mixtura del trabajo asalariado fabril de Tomé con los pequeños predios rústicos existentes en la comuna.

Ese nexo íntimo es una de las sugerencias de mayor interés presentes en el testimonio de don José, porque ayuda a distinguir dos realidades entre los obreros-campesinos textiles anteriores a 1950: aquellos que establecían un lazo urbano-rural laxo y heterogéneo fundado en redes de parentesco y otro sector obrero con un nexo fuerte pero más limitado en extensión que el primero. Sobre esta última opción, don José acota con detalle la figura de Ismael Castillo, maestro de la sección telares; un “viejito” de la fábrica que le ayudó en su primera época en FIAP, entre otras cosas, porque lo había conocido con anterioridad. Aún niño le había ayudado con el traslado de su carretón para vender los repollos que cultivaba en su propiedad, ubicada en el plano de la ciudad, y en sucesivas oportunidades se trasladaron junto al sector rural de Tomé. Casado y con una hija, don José comenta sobre Castillo que:

“Tenía un predio ahí en el Guape [ubicado en las orillas del río Ñuble]. Íbamos siempre con este caballero. Mis tíos le estuvieron arrendando una casa a él, tenía una casa de arriendo y él siempre iba. Me

invitaba porque tenía un caballito. El de él y otro más, y me invitaba y me llevaba. Siempre iba con él, me invitaba para ir cuando trillaba, me invitaba. Tenía su buena propiedad” (Entrevista, diciembre, 2017).

Entonces, con Castillo se representa un caso en el que un obrero textil estaba dotado de un repertorio de estrategias de subsistencia más amplio que el salario fabril que le proporcionaba su labor como mecánico de banco (reparaba piezas de los telares); economía doméstica provista de diferentes vías de ingreso que también se produce con Víctor Bertiola, casado y maestro textil de la sección telares FIAP, de quien acota:

“Vivía frente en Cerro Alegre, era casado con [...] tenía una señora, no me acuerdo el nombre de la señora, pero era casado; su señora era tejedora también. Trabajaba en la corrida de él y tenía su campito para arriba por allá. Su esposa trabajaba con él. En la misma corrida de él en telares. Es que eran unos viejos tan encachados, tan buenas personas [...]” (Entrevista, diciembre, 2017).

A esto agrega, minutos más tarde:

“Iban a dar vuelta a su casa, a su campo por allá. O terminando el turno por la tarde también partían. Como tenían bestias [caballos], con el tiempo bueno -no en el tiempo de invierno- porque estaba bueno el camino pescaban el caballo y se iban porque salían [del trabajo] a las 2 de la tarde. Después de las 2 de la tarde hasta las 8. Entonces, salían a dar su vuelta por acá, a ver sus propiedades. Hubieron varios que tenían propiedades” (Entrevista, diciembre, 2017).

Ambas situaciones, retrotraídas a la década de 1930 y 1940, sirven como insumo para pensar la vida obrera del litoral penquista desatendiendo un molde pre-concebido basado en la dualidad entre obreros dependientes en exclusivo de salarios y dueños de fábricas, por cuanto entre los primeros existieron núcleos que retuvieron para sí propiedades rústicas en las proximidades de la ciudad. Esto es, una formulación fuerte de lo que Franco Ferraroti (1993) explica bajo el concepto de obrero-campesino para dar cuenta de las características de los trabajadores italianos en el inicio del siglo XX, que E.P. Thompson (1992) adopta bajo la denominación de trabajadores mixtos, reconocibles hasta la primera mitad del siglo XIX en Inglaterra. Tomados como parte de una realidad laboral de la época inicial de las fábricas textiles de Tomé, Castillo y Bertiola se integran a esas mismas nociones en tanto trabajadores asalariados con medios de subsistencia alternativos. Todavía más si se repara que el primero además accedía a una renta fija por concepto de arriendo de una segunda propiedad urbana a los tíos de don José (Horacio y Naceanceno), lo cual supone, en la práctica, que la envergadura de las fábricas textiles había pavimentado un proceso de proletarización que se nutría de un intercambio urbano-rural y fábrica-fundos.

Esta posibilidad también se revela en el testimonio de Cristina, esposa de José, en circunstancia que su infancia, ligada a una casa cedida por la compañía molinera de California -donde trabajó su padre como fogonero- y emplazada en un sitio “muy grande”, con huerto y animales (“criaban pato, pollo, gallina, chanchito”) alimentados con restos del mismo establecimiento donde pasó una “infancia bonita” y “muy linda”. Recuerdos que, además, debieron forjarse en su memoria gracias a que su padre tenía:

“un terreno más abajo [...] que] lo arrendaba; le había hecho una casa, lo arrendaba en ese tiempo [...] en Manuel Montt [...] donde los Ortegas que son muy nombrados en California [...] No en el Molino; mi

papá lo tenía no sé por qué, yo me acuerdo que tenía su casa ahí, y que la arrendaba [pero] nosotros vivimos en el Molino” (Cristina, diciembre, 2018).

Una vivienda que cobró especial importancia después de 1948, cuando paralizó el molino y sus trabajadores se vieron obligados a desocupar los sitios y casas cedidas por la empresa, sumándose muchos a quienes buscaban un predio para asentarse en los cerros de la ciudad. A propósito de ello, los primeros contactos de José y Cristina se produjeron en esa circunstancia, cuando ambos eran menores a veinte años y tenían residencia próxima en el barrio de California (Manuel Montt) en circunstancia que José estudiaba junto a uno de los hermanos de su futura cónyuge en la Escuela de Artesanos de Tomé.

En definitiva, si Castillo, Bertiola o el padre de Cristina se consideran vestigios de una realidad latente en el mundo del trabajo tomecino alrededor de 1950, es porque aún en esa época era visible un proceso de proletarización parcial. La lectura detenida de los testimonios transcritos de conversaciones con antiguos operarios fabriles de Penco, Lirquén y Tomé, introducen numerosas referencias análogas, de modo que los trabajadores antiguos aludidos por el matrimonio de José y Cristina constituyen casos ilustrativos de un fenómeno más amplio, pero con una extensión difícil de ponderar. Cuya profundidad queda advertida en una nota enviada en 1913 por Carlos Werner, propietario de la fábrica de Bellavista, a la Sociedad de Fomento Fabril en la que acotaba que “la mayor parte [de sus trabajadores], [eran] obreros chilenos a sueldo, que prestan sus servicios desde muchos años i que se han radicado definitivamente aquí, arraigados muchos por los vínculos del suelo, pues han adquirido propiedades en las proximidades del establecimiento”. Una condición con la que trazaba una clara distinción respecto a los jornaleros, según anotaba, dados a una “vida de continua movilidad” (Boletín SFF 9, p.977).

Evaluar la extensión del acceso a la propiedad urbana y rural por parte de los trabajadores textiles de Tomé entre 1930 y 1940 es un trabajo difícil—requiere un examen detenido de los registros de propiedades pero también listados de trabajadores —, debido a que las fuentes compulsadas en los archivos son estériles en el suministro de este tipo de antecedentes. La Dirección del Trabajo cuando ingresaba a las fábricas era para reunirse con algún gerente o representante sindical, no para escarbar en la vida obrera ajena a las reglamentaciones del Código del Trabajo como lo eran, en efecto, las formas de subsistencia que caracterizaban al mundo obrero de la zona.

Por esta razón la evaluación del problema discurre en un terreno especulativo enmarcado en dos aspectos ya discutidos como la regular convivencia económica de los empresarios fabriles con el mundo agrícola de la zona y la difusión de la pequeña propiedad rural en las comunas de Tomé y Coelemu. Pero, ambas circunstancias son inoficiosas si no se conectan con la situación laboral específica que ostentaban Castillo o Bertiola cuando don José ingresó a la misma sección de trabajo. Esto es, si no se colocan en diálogo con la jerarquía laboral existente en el interior de las fábricas puesto que de lo contrario es difícil reconocer un elemento diferenciador crucial: que Castillo oficiaba como mecánico de banco y Bertiola como maestro textil compartiendo su trabajo con su esposa “en la misma corrida que él”.

Ambas posiciones en la medianía del siglo XX eran prominentes y superiores a diferentes oficios existentes en FIAP, que de iniciarse con cerca de 250 operarios en 1933 pasó a 1.065 el año 1950 (ARNAD, DI-

RECTRAB, Vol. 2318) gracias a un franco proceso modernizador de sus talleres, acelerado en el quinquenio 1945-1949, época en que se efectuaron sucesivos aumentos de capital conducentes a ampliar las instalaciones –el capital social de la compañía pasó de 24 a 116 millones (FIAP, Memorias, años respectivos)-. Un proceso que también se visualiza en la época en las fábricas de Bellavista y Nacional de Paños (Inostroza, 1999; López, 2012), el que repercutió favorablemente en el empleo textil de la ciudad puesto cada empresa se encumbró a casi mil hombres y mujeres en sus faenas.

En esta circunstancia cobra toda importancia la alocución “viejitos” utilizada por don José al momento de recordar a trabajadores antiguos cuando comenzaba su incipiente carrera laboral. Ella es expresiva de una formación laboral puesta en entredicho por la intensificación de la modernización maquinaica de los talleres textiles y de trabajadores que prosperaron y llegaron a cargos de responsabilidad en empresas de envergaduras limitadas (no más de 400 o 500 operarios hombres y mujeres), en las cuales la “norteamericanización” recién comenzaba (tras la Segunda Guerra Mundial). De acuerdo con ello, la alusión (simbólica) guarda relación con un mundo del trabajo anterior al terremoto de enero de 1939. El mismo que comenzó a cambiar de modo paulatino en la década de 1950, época en que los núcleos obreros-campesinos fueron perdiendo sus lazos fuertes con el mundo agrícola tomecino.

El cambio de época se revela con toda intensidad cuando las referencias a los operarios antiguos se contrastan con el testimonio de don Héctor (1928), maestro textil con alta responsabilidad en la sala de apresto mojado de la Sociedad Nacional de Paños, empresa a la cual ingresó como limpiador con menos de quince años de edad en 1942, circunstancia que no le impediría ascender hasta conseguir trato directo con las jefaturas de la empresa (Augusto Mahns por ejemplo) a partir de los años cincuenta. Una trayectoria exitosa corroborada con la conducción de la sección en forma casi autónoma, y, fruto de lo mismo, fuente de “orgullo” dado por el conocimiento alcanzado de la producción, aunque no se tradujo en acceso a otras propiedades urbanas o rurales como las referidas por don José a propósito de Castillo y Bertiola. De allí que don Héctor, en casi tres horas de grabación, omitiera lo que había sido sustancial en las estrategias de subsistencia de sus colegas (maestros textiles) más antiguos –propiedades rústicas-, oponiendo a estas otro fruto (intangibile) de sus logros en la fábrica: la calificación profesional alcanzada por sus hijos gracias a sus incontables esfuerzos en el trabajo. Este cambio de orientación ya se vislumbraba en la familia de don José dado que, a diferencia de sus tíos Horacio y Naceanceno, él recibió instrucción formal en el área textil motivo por el cual al comenzar su testimonio pudo auto-definirse como contra-maestre, diploma otorgado por la Escuela de Artesanos Textiles de Tomé inaugurada en 1942 gracias al apoyo público-privado (El Sur, 27 de Julio de 1942, p.12) al que concurrieron durante toda la década las tres fábricas de la ciudad con dinero, maquinaria, centros de práctica y, quizás lo más relevante, un número importante de los docentes ya que fue habitual que empleados e ingenieros de las tres fábricas tomaran contacto directo de los futuros trabajadores textiles en las salas de clase del establecimiento. Con todo, don Héctor, así como José, utilizaron una vía de movilidad que no estaba vigente en los años de formación los primeros trabajadores textiles de Bellavista, Nacional de Paños y FIAP con anterioridad a 1950. De allí que Castillo y Bertiola aprovecharan su posición jerárquica en el trabajo textil para adquirir propiedades urbano-rurales, en tanto su nivel salarial les entregaba mayor posibilidad que el obtenido por ayudantes o jornaleros de las fábricas. El pago a trato era una fórmula que predominaba en diferentes secciones y por ese medio se tenía un monto diario asegurado y un ingreso variable de acuerdo a lo producido por día, calculado siguiendo una tabla de valores por pieza válido para el

conjunto de las fábricas de paños de la provincia de Concepción. Mediante esto, una tejedora o un hilandero obtenía ingresos diarios que podían empinarse a los \$40 en 1944, mientras que un operario mecánico (eléctrico, tornero o carpintero) tenía un monto fijo que variaba entre los \$32 y los \$74 ese mismo año (Bureau of Labor Statistics, 1944, p.1255).

Ahora bien, la posibilidad de que un operario asumiera una versión fuerte de la condición obrero-campesina –limitada a puestos jerárquicos prominentes en las fábricas- convivió con una circunstancia más laxa y extendida dada por la fluidez, recurrencia y cotidianidad del flujo urbano-rural, mediando como soporte la red de parentesco que se movilizaba sin inconveniente entre el puerto de Tomé y los villorrios interiores de la comuna.

Esa alternativa también está presente en el testimonio de don José cuando rememora su infancia, las viviendas que ocupó y diferentes anécdotas sobre su núcleo familiar directo: su madre, Concepción, Horacio y Naceanceno, con quienes compartió en una misma casa arrendada hasta por lo menos sus 25 años de edad. Un hogar textil con todas sus letras que descansaba en Concepción –que hacía de “esposa” de ambos, sugiere entrelíneas- ya que asistía las labores domésticas en circunstancia que nunca ingresó a ninguna de las tres empresas textiles de la ciudad. Pero, además, en un desplazamiento recurrente hacia los asentamientos rurales:

“Mi abuela era de Rafael [...] la alcancé a conocer, me crié con ella prácticamente; de cabro chico me lo llevaba en Rafael no más [...] y yo siempre me iba para allá porque yo siempre iba a buscar las cosas de alimentación para aquí a Tomé. Mi tío Nacienceno le mandaba cosas para allá: la hierba, la azúcar, el queso

¿Usted le iba a dejar estos productos?

Claro, yo me iba en el tren para allá ¿cierto? con ella, con mi abuela, o me iba solo en el tren y ahí ella estaba allá -hasta Pisis- y de ahí me iba a pie para arriba, tres kilómetros para llegar al pueblo. Otras veces -estas viejitas antiguas se sabían todos los caminos para allá- me decía: ‘Ya hijo vamos a ir, nos vamos a ir al campo’. Pescaba su canastito acá en el brazo, con el mate, con todos los implementos ¿cierto? Y partíamos haciendo cortadas hasta que llegábamos. Tenía familiares ahí en los Quillayes, pasábamos ahí, después pasábamos donde otros familiares ahí y hasta que llegábamos a Rafael caminando” (Entrevista, julio, 2018).

El núcleo familiar de don José, entonces, encontró una fluida asistencia del mundo rural a pesar de que era un buen ejemplo de hogar textil. Dos de sus miembros resolvían su mantenimiento gracias a las fábricas y en el caso de Nacienceno hay registros de su vinculación con la empresa de Marcos Serrano y Carlos Mahns al menos desde 1923 (El Sur, 22 de Septiembre de 1923, p.8). A pesar de ello, el mismo “necho” asistía a su madre que vivía en la localidad de Rafael, donde además tenía un predio cedido a un mediero –el arriendo de pequeñas propiedades rústicas en la zona era casi inexistente-. En este sentido, la familia obrera textil –como el núcleo de don José- regresó en incontables oportunidades al punto de donde era originaria, en un flujo regular favorecido por la posesión de “bestias”, la proximidad a alguna de las estaciones de ferrocarriles que unificaban Tomé con Coelemu y Chillán o, en otro caso, en caminatas como las efectuadas en su niñez por don José con su abuela. Fórmulas que colocaban en contacto a la ciudad con el mundo rural de la comuna que encuentra una sinergia en el comercio al menudeo de carretas, la visita de “parientes” o la recolección regular

de habitantes ciudadanos de leña y frutos silvestres en los cerros y caminos vecinales que se extienden desde el barrio California, el sector de Frutillares u otro, desde Tomé al “interior”.

Queda, antes de finalizar, explorar el alcance de una formación laboral en la que hubo obrero-campesinos activos en las fábricas textiles, sea en una versión fuerte u otra más laxa o débil tal como se ha argumentado a propósito de la historia de vida de don José. En sencillo ¿Cuál es la importancia de que parte del mundo obrero del litoral penquista haya logrado acceder a propiedades rurales y/o urbanas tal como se ha establecido? Dicho de otra forma ¿Existe alguna relación plausible entre un sector obrero-campesino en sentido fuerte o débil y la virtual renuencia del mundo obrero textil a mostrarse receptivo a programas y discurso de clase?

Estas interrogantes no nacen tanto de un mirada pre-juiciada sobre la población rural, en el sentido de que carezca de “ideas políticas”; presupuesto interpretativo difícil de sostener habida cuenta de las interrogantes surgidas de tradiciones etnográficas y que han nutrido los Estudios Subalternos, la micro-historia o las sugerencias críticas y metodológicas desarrolladas por receptores del Arte de la resistencia de James Scott. La investigación en ese terreno ni siquiera ha sido trazada en relación a los asentamientos rurales de Tomé, Coelemu y las diferentes localidades del Ñuble con que las comunidades campesinas estuvieron en permanente contacto (dada la actividad vitivinícola y forestal). Parten, de un problema diferente en tanto buscan en una segunda propiedad, como mínimo, un complemento de los ingresos familiares obtenidos a través de salarios y con ello reconocer un elemento diferenciador respecto a quienes estaban obligados a arrendar y resolver su subsistencia únicamente por medio de un jornal. La importancia de este hecho radica en las opciones de reproducción que estimulaban entre las familias obreras, que por acceder alguna propiedad citadina o incluirse en redes de asistencia a través del parentesco, desarrollaban una economía doméstica ajena a los vaivenes del mercado formal. A lo que se suma, tal como lo indicó don José más arriba, el hecho que una segunda propiedad rústica se pudo transformar en un lugar de asueto y esparcimiento habitual; un lugar de intercambio y de revitalización de las redes de parentesco que contribuyó a mantener activas las redes de la familia obrera textil con las localidades cercanas a Tomé como Vegas de Itata, Coelemu, Ñipas o Rafael.

Michael Hanagan, vuelve sobre estos tópicos cuando señala que una cosa era el trabajo en las fábricas y otra la existencia de organizaciones que permitieran la expresión del mundo del trabajo en zonas industrializadas, aludiendo en forma explícita a las dificultades y tiempo que demora la articulación de clubes y asociaciones (Hanagan, 1980, p.128-129). En su opinión no se trata de que la población rural no tuviera nociones políticas sino que cuán difícil era que sus nociones se acoplaran a las redes urbanas en las que participaban. Atendiendo eso, es posible advertir que la propiedad era un punto de fuga para una familia obrera, fijaban una marca diferenciadora con los sectores del trabajo fabril ajenos a sus beneficios y se constituía por ello en un obstáculo para la inserción en la vida colectiva y las redes de solidaridad obrera que emergían con lentitud en las décadas de 1930 y 1940. Más aún cuando las fábricas textiles tomaron en serio la dotación de espacios de sociabilidad y a partir de ellos lograron integrar a la familia obrera textil a sus valores (Venegas y Morales, 2017). La lenta politización del mundo obrero textil de la ciudad de Tomé, entonces, entronca con una formación laboral que al maximizar sus relaciones con el mundo agrícola rehúye de una adhesión fuerte a estructuras de clase organizadas que es una de sus características más sobresalientes en las décadas de 1930 y 1940.

## Conclusión

El examen sobre el mundo obrero fabril ha estado preocupado por desentrañar el problema de la organización, la movilización y la ideología; de los nexos el mundo obrero con los partidos y los discursos de cambio que lo caracterizaron en diferentes épocas del siglo XX. Estos enfoques son imprescindibles para comprender el papel político que tuvo (y tiene) el mundo amplio del trabajo pero no agotan a plenitud el estudio de sus experiencias (Faue, 2002). Cabe desarrollar “nuevos” problemas y “entradas” de análisis para fundamentar líneas de reflexión que complementen, discutan y ofrezcan líneas de interpretación alternativas que miren con amplitud la consabida represión estatal, la arbitrariedad de los empresarios y la el conflicto obrero existente en numerosas industrias. Una opción en esa ruta es analizar la constitución social del mundo obrero porque a partir de esa preocupación es posible establecer un diálogo entre las fábricas y sus entornos y de los trabajadores con sus puntos de origen. Respecto a lo primero, se destacaron las relaciones de empresarios y altos gerentes de las fábricas textiles con las actividades agro-industriales que predominaron en la vida económica del departamento de Coelemu (Tomé) en la primera mitad del siglo XX. En relación a lo segundo, se ha buscado recuperar una historia de vida que conectara explícitamente el trabajo fabril y los villorrios y aldeas aledañas al principal puerto textil de la provincia de Concepción. De allí que el tercer apartado analizara en particular el testimonio de don José y doña Cristina, matrimonio representativo de un hogar textil de la ciudad de Tomé ligado a la Fábrica Ítalo Americana de Paños.

A partir de ambos aspectos surge una constatación histórica contra-intuitiva para el marco general que de modo habitual sirve para interpretar el trasvasije de trabajadores rurales al mundo urbano e industrial en los siglo XIX y XX. Ello porque las fábricas textiles de Tomé, así como las otras grandes fábricas de Penco y Lirquén, mantuvieron un flujo de continuidad con el mundo agrícola de sus contornos, colocándose en entredicho la eventual fisura radical que opone a las formas de vida radicadas en espacios rurales con la vida fabril propia del siglo XX. En el caso de Tomé, esto es materia de interés dado que las tres grandes fábricas en actividad se conciliaron con sus entornos y, al contrario de lo que supone un aserto común aceptado, aprovecharon los recursos disponibles en ellos.

La mano de obrera textil, entre 1920 y 1950, tal como se ha argumentado, estuvo configurada por obrero-campesinos que, en su denominación fuerte o débil, problematiza la imagen “moderna” de la clase obrera cuando se la homologa a los sistemas productivos en uso, a las maquinarias de cada taller pero, fundamentalmente, a un proceso de proletarización sin reminiscencias del pasado. Parte central de lo discutido a propósito de una historia vida obrera sugiere que hasta la medianía del siglo XX un componente importante del mundo obrero textil estuvo integrado a redes de parentesco y compadrazgo que unificaban lo urbano y lo rural. Un aspecto central contenido en la noción de obrero-campesino que, integrado a tres grandes fábricas textiles, sirve como vértice opuesto al obrero-masa nacido de estructuras de mercado, consumo y el anonimato de la gran ciudad (como Santiago en 1950 y 1960). En definitiva, un obrero atomizado y desarraigado que su única opción es seguir la maquinización de sus puestos de trabajo al tiempo que aumentan en envergadura las empresas. La figura laboral del obrero-campesino ofrece rasgos diferentes al encontrarse a medio camino de esas transformaciones. El tamaño de Tomé, su proximidad geográfica con los villorrios campesinos y las redes de familiares que se movilizaban en forma cotidiana entre la ciudad y el campo, fueron circunstancias históricas gravitantes en la estructuración de relaciones obrero-patronales signadas por la conciliación, cooperación o

integración. Parte del mundo del trabajo, en tales circunstancias, demoró algunas décadas en re-evaluar su inserción en la vida sindical. Algo que se hizo más recurrente a contar de la década de 1950, momento en que se deterioraron las relaciones obrero-patronales como efecto de dos fenómenos “nuevos” en Tomé; por una parte, una aguda crisis económica (cesantía) y, por otra, la emergencia de una generación de trabajadores y trabajadoras que, como don José, hicieron sus trayectorias en fábricas diferentes (en tecnologías y tamaño) a las que levantaron y consolidaron sus padres, abuelos/as o tíos/as en las décadas de 1920 y 1930.

## Bibliografía

- Amin, S. y Van der Linden, M. (1997). *Peripheral” Labour? Studies in the History of Partial proletarianization*. United Kingdom: University Press.
- Angell, A. (1974). *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*. México: Ediciones Era.
- Aravena, T. (2000). *Los efectos urbanos del desarrollo económico de Tomé siglos XIX y XX (Memoria para optar al título de Profesor de Historia y Geografía)*, Concepción: Universidad de Concepción.
- Aróstegui, J. (2004). *La Historia vivida. Sobre la historia del presente*. Madrid: Alianza editorial.
- Bauer, A. (1990). *Industry and the Missing Bourgeoisie: Consumption and Development in Chile, 1850-1950*. En *The Hispanic American Historical Review* 70:2, 227-253.
- Bloch, M. (2006). *Apología para la historia o el oficio del historiador*. México: FCE.
- Carmagnani, M. (1963). *El salariado minero en Chile colonial. Su desarrollo en una sociedad provincial: el Norte Chile 1690-1800*. Santiago, Universidad de Chile, Centro de Historia Colonial de la Facultad de Filosofía y Educación, Editorial Universitaria.
- Ceva, M. (2010). *Empresas, Trabajo e Inmigración en la Argentina. Los casos de la Fábrica Argentina de Alpargatas y la aldonera Flandría (1887-1955)*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- DeShazo, P. (2008). *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile (1902-1927)*. Santiago: Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Colección Sociedad y Cultura, Vol. XLVI.
- Di Tella, T., Brams, L., Reynaud, J. y Touraine, A. (1967). *Sindicato y Comunidad. Dos tipos de estructuras sindical latinoamericana*. Santiago: Editorial del Instituto.
- Faue, E. (2000). *Community, Class, and Comparison in Labour History and Local History*. En *Labour History* 78, 155-162.

- Faue, E. (2002). Retooling the Class Factory: United States Labour History after Marx, Montgomery, and Postmodernism. En *Labour History* 82, 109-119.
- Ferraroti, F. (1993). Primeros rasgos de un estudio sobre 'cien años de vida obrera en Italia (1982-1992)' – el proceso de industrialización explicado por aquellos que lo han vivido. En *Historia y Fuente Oral* 9, 163-186.
- Figueroa, E. y Sandoval, C. (1987). *Carbón cien años de historia (1848-1960)*. Santiago: CEDAL.
- Fontes, P. (2016). *Migration & the Making of Industrial São Paulo*. Durham: Duke University Press.
- Fuentealba, N. (2019). Crecimiento y formación de una ciudad industrial. El caso tomecino entre 1910 y 1930, *Revista Historia* 26:I, 83-114.
- Germani, G. (1971). *Política y Sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires: Paidós.
- Hanagan, M. (1980). *The Logic of Solidarity. Artisans and Industrial Workers in Three French Towns 1871-1914*. United States of American: University of Illinois Press.
- Hanagan, M. y Stephenson, Ch. (1986). *Proletarians and Protest. The Roots of Class Formation in an Industrializing World*. New York: Greenwood Press.
- Hernández, H. (1984). *El Gran Concepción: Desarrollo histórico y estructura urbana. Segunda parte. Estructura e interacción: especialización funcional, diferenciación social y movimientos pendulares*. En *Informaciones Geográficas* 31, 3-31.
- Illanes, M. (1990). Azote, salario y ley. Disciplinamiento de la mano de obra en la minería de Atacama (1817-1850). En *Proposiciones* 19, 90-122.
- Inostroza, G. (1999). *Realidad de las trabajadoras textiles: condicionantes estructurales y desarrollo de procesos sociopolíticos al interior de las comunas de Concepción, Tomé y el poblado de Chiguayante (Provincia de Concepción), 1930-1952, Tomo I y II (Tesis para optar al grado de Magíster en Historia)*. Concepción: Universidad de Concepción.
- James, D. (2004). *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*. Buenos Aires: Manantial.
- Klubock, T. (1998). *Contested communities. Class, Gender, and Politics in Chile's El Teniente Copper Mine, 1904-1951*. Durham Duke: University Press.
- Laite, J. (1981). *Industrial development and migrant labour in Latin America*. Austin: University of Texas Press.

- Lobato, M. (2001). *La vida en las fábricas, trabajo, protesta y política en una comunidad obrera (1904-1970)*. Buenos Aires: Prometeo Libros/Entrepasados.
- López, L. (2012). *Las maquinarias textiles y el proceso*. Cartes, A. et. al. Bellavista Oveja Tomé. Una fábrica en el tiempo. Concepción: Ediciones Universidad San Sebastián.
- Mazzei de Grazia, L. (2015). *Historia Económica Regional de Concepción 1800-1920*. Concepción: Archivo Histórico de Concepción Ediciones.
- Miranda, R. (1926). *Monografía Geográfica é Histórica de la comuna de Tomé*. Concepción: Imp. Lit. Westcott & Co.
- Morales, C. y María R. (1981). *Tomé: Origen y desarrollo de su Morfología Urbana y Funcionalidad (Memoria para optar al título de Profesor Media en Historia y Geografía)*. Concepción: Universidad de Concepción.
- Morales, D. (2013). *El Paternalismo Industrial en la Fábrica de Paños Bella-Vista Tomé, 1910-1935 (Tesis de Magíster en Historia)*. Santiago: Universidad de Santiago de Chile.
- Muñoz, O. (1968). *Crecimiento industrial de Chile: 1914 -1965*. Santiago: Instituto de Economía y Planificación.
- Navarrete, A. (2009). *Consecuencias de la instauración del sistema neoliberal en los trabajadores del Sindicato N° 1 de Textil Bellavista Oveja Tomé, 1976-1986*. En Cuadernos de historia marxista 2, 23-75.
- Palma, G. (1984). *Chile 1914-1935: de economía exportadora a sustitutiva de importaciones*. En Colección Estudios CIEPLAN 12:81, 61-88.
- Pavilack, J. (2011). *Mining for the Nation: The Politics of Chile's Coal Communities from the Popular front to the Cold War*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.
- Pinto, A. (1986). *Estado y empresa privada: una visión retrospectiva de la experiencia chilena*. En El Trimestre Económico 53:1, 105-148.
- Pinto, J. (1998). *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera: el ciclo del salitre y la reconfiguración de las identidades populares (1850-1900)*. Santiago: Editorial Universidad de Santiago.
- Pinto, J. (2018). *La historiografía chilena durante el siglo XX: Cien años de propuestas y combates*. Valparaíso: América en Movimiento.
- Porrini, R. (2018). *Aproximación al estudio de u barrio de trabajadores: El Cerro (Montevideo) en los años cincuenta y sesenta*. En Simonassi, S. y Dicósimo, D. *Trabajadores y sindicatos en Latinoamérica. Conceptos, problemas y escalas de análisis*. Buenos Aires: Imago Mundi.

- Quinteros, A. (2001). Antecedentes para una historia de la industria textil de Tomé durante la primera mitad del siglo XX (Tesis para optar al grado de Licenciado en Educación Mención Historia y Geografía). Concepción: Universidad de Concepción.
- Robles, C. (2009). La producción agropecuaria chilena en la “Era del Salitre” (1880–1930). En *América Latina en la Historia Económica* 32, 111-134.
- Rojas, J. (2000). Los trabajadores en la historiografía chilena: balance y proyecciones. *PET* 10, 47-117.
- Salazar, G. (2000)[1985]. *Labradores, Peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*. Santiago, LOM.
- Stilleman, J. (1998). *From solidarity to survival. Transformations in the Culture and Styles of Mobilization of Chilean Metalworkers under Democratic and Authoritarian Regimes, 1945-1995* (Ph.D. diss., New York, New School for Social Research, Department of Sociology, 1998).
- Striffler, S. (2004). *Class Formation in Latin America: One Family’s Enduring Journey between Country and City*. En *International Labor and Working-Class History* 65, 11-25.
- Thompson, E. (1992). *Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial*. En Thompson, E. *Cosmumbres en común*. Barcelona: Crítica.
- Venegas, H. (1992). *La huelga grande del carbón. 1920*. *Revista Chilena de Historia y Geografía* 160, 225-249.
- Venegas, H. (2015). *Políticas de bienestar y control social en la minería del carbón. Las experiencias de Lota y Coronel en el siglo XX*. En *Atenea* 511:I, 221-245.
- Venegas, H. y Morales, D. (2017). *Un caso de paternalismo industrial en Tomé: familia, espacio urbano y sociabilidad de los obreros textiles (1920-1940)*. En *Historia* 50:I, 273-302.
- Videla, E. et. al. (2016). *El orden fabril. Paternalismo industrial en la minería carbonífera chilena*. Valparaíso: América en Movimiento.
- Winn, P. (2004). *Tejedores de la revolución. Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo*. Santiago: LOM Ediciones.
- Womack Jr., J. (2012). *El trabajo en la Cervecería Moctezuma 1908*. México: El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas.

### Estadísticas

- Bureau of Labor Statistics, U.S. Department of Labor (1944). Wage and Hour Statistics. En Monthly Labor Review 59:6, 1242-1257.
- República de Chile. Dirección General de Estadística, Censo Agrícola, 1929-1930.
- República de Chile. Servicio Nacional de Estadística y Censos. III Censo Nacional Agrícola Ganadero. Tomo IV (Santiago, Talleres gráficos La Nación, 1959)
- República de Chile. Servicio Nacional de Estadísticas y Censos (años 1930, 1940, 1952 y 1960)

### Periódicos y revistas

- ¡Adelante!. Talcahuano.
- El Sur. Concepción.
- El Independiente. Tomé.
- Frente Popular. Concepción.
- La Divisa. Tomé.
- La Patria. Concepción.
- La Prensa. Tomé.
- Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril (SFF). Santiago.

### Documentos

- Archivo Histórico Nacional (ARHN), Fondo Intendencia de Concepción (FIC), vols. 2714, 2292, 2293.
- Archivo Histórico Nacional de la Administración (ARNAD), Dirección del Trabajo (DIRECTRAB), Vols. 2318.
- Archivo Notarial de Tomé (ARNT). Registros de Propiedad (años 1931-1934).
- Fábrica Ítalo Americana de Paños de Tomé. Memorias y Balances Generales años respectivos (1932-1955).

## Entrevistas

- José Grandón (Tomé: diciembre 2017; julio y diciembre 2018).
- Cristina Aravena (Tomé: diciembre, 2018).
- José Emanuel Ibieta (Penco: marzo, 2018).
- Héctor Ortíz (Tomé: octubre, 2018).